

monstruosa, terrible y, no obstante, sabia, de la que depende su posibilidad de sobrevivir, apareció en tiempos griegos y de ellos cobró la realidad de esa apariencia. Tal realidad hecha tiempo y espacio, sentidos, límites y referentes. Pero ese hombre ignorante que necesita saber y asume el riesgo mortal de interrogar al ente implacable, no es solo griego. No pertenece de manera exclusiva a las calles de la acrópolis, ni su posibilidad se agota en los límites de aquellas ciudades mediterráneas. En las calles bogotanas lo podemos ver, a veces, y sorprendemos en él la misma tensión, el mismo acto desafiado de afrontar el horror como precio y condición del conocimiento. O lo adivinamos y construimos en los tiempos fabulosos de un futuro de altísima tecnología, como es el caso que nos plantea el autor, pero en las dos oportunidades, no obstante que comparta con su antepasado helénico —y con otros tantos esparcidos a lo ancho y largo del periplo humano— su agonía fundamental, el modo como se hace verdadero es por completo diferente. Camina, come, duerme, se viste, habla y actúa, se relaciona con los otros de una manera altamente específica. De la capacidad de conseguir una “encarnación” convincente, verosímil, viva, depende que ese viejo y obstinado ser y sus pulsiones, consiga emerger a la superficie de nuestro mundo y logre, de alguna forma, esa reinención radical que señala Benjamín, esa consolidación del mundo que tanto necesitamos.

La hibridación, que está señalada desde el mismo título de su propuesta, se constituye así como horizonte de referencia y acción en el conjunto de cuentos que tenemos entre manos. Hibridación de tiempos y de espacios, de peripecias y situaciones, de contextos, condiciones, acciones y actuantes. Pero, sobre todo, y sosteniendo a las otras tantas ya mencionadas, de lenguajes. Se trata de una aventura peligrosa en la cual se intenta la convivencia de un decir canónico, cargado con reverberaciones culturanas, habitado en sus formas por una tradición, con otro de naturaleza vulgar y descreída. Y, por lo tanto, se trata de establecer vínculos dinámicos y constructivos entre varios niveles de percibir, ordenar e inventar la reali-

dad. Este desafío, descomunal, que Andrés García encara en su propuesta narrativa, no siempre se resuelve a satisfacción. No obstante, estamos frente a un ejercicio apasionante, lúcido y lleno de sugerencias que hace posible, de nuevo, la experiencia de vivir de frente a las entidades y los hechos que determinan nuestra humanidad.

Rafael Mauricio Méndez Bernal

Profesor, Facultad de Artes ASAB,
Universidad Distrital FJDC

Bajando también se llega al cielo

Esperando tus ojos

JOSÉ ZULETA

Hombre Nuevo Editores, Medellín, 2011,
158 págs.

HACE MUCHOS años intento soslayar la discusión, a veces tan puntillosa, sobre qué es un cuento y qué es un relato, recurrente en el seno de los talleres de creación literaria. Creo que durante el siglo XX los límites del género ganaron tanta elasticidad que dichos deslindes comenzaron a carecer de sentido en ámbitos diferentes al académico. Hoy, con Internet modificando nuestros hábitos y nuestros tiempos, es todavía menos tentador plantearla, sobre todo, si no se considera sustancial en la determinación de la calidad literaria.

Y, sin embargo, tengo que admitir que *Esperando tus ojos*, de José Zuleta, hizo que reconsiderara semejantes reflexiones. En la carátula, el autor y los editores señalan, me imagino que sin inocencia, que nos ofrecen “diez relatos”. Y no les falta razón. Algunas de las piezas que componen el libro se apegan a los dictados de los textos teóricos sobre cuento, respetando esa unidad de impresión en la que tanto insistiera Edgar Allan Poe, y lo hacen utilizando las estrategias narrativas necesarias para llevar amarrado al lector hasta ese final que si no lo sorprende, por lo menos lo impacta o le permite redimensionar todo lo que ha leído, pero otras tienen un apego tal a sus personajes, a sus características y sus circunstancias (“La canasta de sueños” es el ejemplo preciso), que la

narración discurre con una liberalidad y una riqueza de peripecias que tiene más que ver con la vida que con la literatura. Mucho menos económicas que los cuentos que podríamos calificar de canónicos, y con ciertas veleidades digresivas, poseen, gracias a las habilidades del autor, a su capacidad para transmitirnos el color local sin precipitarse en el costumbrismo, a su humor soterrado y también obvio, a su impecable respeto por la escritura y a la comprensión que demuestra de las debilidades humanas, un encanto que estoy seguro no sobreviviría al rigor ni al dogmatismo.



Curiosamente, también es en términos de relato que se acogen algunos de sus textos breves. Estoy pensando en “Tren AVE”, que tienen tanto de observación y de reflexión bajo la eficiente máscara de lo ficcional. Ese viajero que distrae los kilómetros de sosas planicies españolas espionando e imaginando a su hermosa vecina de puesto, al punto de alcanzar la erección, reinventa la realidad inmediata de la misma manera que lo hizo uno de los mayores cuentistas latinoamericanos, el peruano Julio Ramón Ribeyro, en sus *Prosas apátridas*, hermoso ejemplo de lo que significa captar, para decirlo en palabras de Zuleta, “el olor de la prisa del mundo” (pág. 136).

Si fuese necesario me obligaran a señalar uno de estos diez relatos como mi preferido, estoy seguro de que el seleccionado cambiaría con facilidad de unas semanas a otras, pero en este momento escogería el que abre el libro, “Una boda”: José, después de

tres años de noviazgo con Angélica, acepta “entre el sopor de la excitación y la turgencia de las nalgas” (pág. 14), definir una fecha de boda, y menciona una que le parece lejana, el 27 de agosto del año siguiente. Lo que sigue es la descripción de las actitudes y las acciones de los futuros contrayentes, y el narrador lo hace con inclemente humor. Arrastrados por la aparente ligereza de los hechos, los lectores asistimos desarmados al banquete nupcial, para encontrarnos con que el escritor nos tiene bien preparada una sorpresa. Otra elección posible sería “Bajando también se llega al cielo”, un cuento en el que Zuleta usa con habilidad su experiencia como coordinador del programa Libertad bajo palabra, que propone la escritura como actividad formativa a los presos de más de una docena de cárceles colombianas, para inmiscuirnos en una historia que mezcla lo picaresco con lo policial. La experiencia erótica, que no es ajena a otros momentos de este libro, se expresa aquí de manera indirecta, incluso aludiendo a un célebre cuento de Clarice Lispector: “Descendí a la delicia de la felicidad clandestina, al sabor picante de los crímenes, saboreé los selectos jugos de lo ajeno. Sentí nacer una nueva geometría, una lógica inversa, oí música de cascadas ascendiendo, las bailarinas saltaron de la pecera, en espiral descendieron por el tobogán hasta llegar a un lago tranquilo donde danzaron bajo la sombra de los lotos gigantes” (pág. 99).

José Zuleta ganó el Premio Nacional de Literatura del Ministerio de Cultura en 2009 con su libro de cuentos *Ladrón de olvidos*, así que no sorprende la pulcritud de su escritura, ni el talento que refleja, incluso al usar los diálogos, una asignatura pendiente hasta hace poco en la literatura colombiana, y tampoco sorprende que tenga el buen criterio de evitar un libro de cuentos unitario y monocorde, condición que en algún momento devino obligatoria por presiones intelectuales e imposición institucional expresada en las bases de algunos prestigiosos concursos. De otro lado, es interesante corroborar que buena parte de los narradores vigentes en estas primeras décadas del siglo XXI prefieren –sin renunciar a lo que aprendieron de los escritores del *boom* y del *posboom*,



ni a la actualización de los recursos literarios de siempre que hace el lenguaje audiovisual–, escribir de una manera que, en muchos sentidos, puede considerarse como tradicional, apuntando al establecimiento de una relación convencional con los lectores. También vale la pena mencionar que es una editorial de provincia la que se arriesga a publicar cuento, un género que las multinacionales están mandando a recoger de sus catálogos, y que lo hace de forma impecable y atractiva.

Octavio Escobar Giraldo

Profesor, Universidad de Caldas

Lo que va del uno al otro

Colombia tiene nombre de mujer

EDUARDO CRUZ VÁSQUEZ
Ediciones Sin Nombre, Universidad Autónoma de Nuevo León, México, 2009, 308 págs.

ESCRITO EN Chile por un mexicano y editado en México, es un apasionado libro sobre Colombia, motivo por el cual se hace objeto de esta reseña. Constituye una crónica conversacional de la permanencia en Colombia de su autor durante varios años como funcionario diplomático en la Embajada de México.

Opta el relato por la curiosa forma de correos electrónicos dirigidos a una supuesta amiga, lo cual le proporciona soltura y la camaradería necesaria al propósito explícito de apartarse de la

forma convencional literaria. Además, el cronista se mimetiza bajo el nombre de Simón. Precauciones innecesarias.

Que el narrador sabe escribir se demuestra en el aparte inspirado de las páginas 197 a 199, sin puntuación porque la emoción no lleva comas. O en apuntes poéticos como cuando, al referirse al salto del Tequendama, escribe: “El ruido del agua que se suicida desde lo alto de la cañada”. Aparte de eso, ha publicado varios libros. Sin embargo, prefirió para esta obra un método dudoso, que si bien cumple con su cometido, deja mucho que desear en cuanto a la redacción cuidadosa que merece el lector, o sea respeto. La forma de cartas por correo electrónico excusa un estilo. “Relato a la manera de diario novelado”, dice el prólogo con sobrada inexactitud. No. La crónica no acepta ficción. Todos los relatos del libro, a menudo anecdóticos, se refieren a hechos reales. La novedad por sí misma resultaría ingenua en un hombre de mundo, personalidad expansiva, buen vivir, de una curiosidad ilimitada y una memoria prodigiosa, o sistema de apuntes muy ordenado.

Texto valioso por muchos motivos, interesante y trascendente a pesar del descuido en la redacción, con el propósito errado de hacerlo aparecer espontáneo y coloquial. Debió haberse sometido al denigrado corrector de estilo para la revisión gramatical. País admirado por sus grandes escritores, un mexicano culto no tiene el derecho de escribir mal. Así de simple. Crónica hablada, no requiere un estilo literario refinado, pero tampoco merece, dada su importancia, la negligencia general de los correos electrónicos con sus extrañas síntesis. Para decir “abrazos, caricias, besos”, se dice “abracaribes”. Otro ejemplo de la redacción (pág. 55): “Como podrá comprender, tanta revelación de la ignorancia lo pasman a uno. / Quise con ansiedad una fumada de marihuana, medio litro de Viejo de Caldas, las bolas bien puestas para quedarme ahí y poner a prueba mis conocimientos acumulados en la noble urbanidad de la ubre urbe”.

No es libro escrito, sino hablado. Por tanto, no literario. Se lee por la curiosidad de lo que cuenta, y cómo lo cuenta. Sincero, desabrochado, es la obra de alguien excepcionalmente